

Domingo 2º Ordinario-B.
Padre Pedro José Ynaraja Díaz

COMENTARIO

Silo es el lugar donde acontece el relato de la primera lectura, allí descanso el Arca hasta su traslado definitivo a Jerusalén. No era por aquel entonces el lugar donde se abrigaba un edificio. El pueblo de Israel conservaba aun sus raíces beduinas, mantenía la misma vida que llevó durante su peregrinaje por tierras del desierto del Sinaí y habitaba todavía en tiendas y por tanto el lugar donde se protegía la presencia de su Dios también era de la misma índole.

El pasaje entero es impresionante y os recomiendo, queridos lectores, que acudáis a vuestra Biblia y lo leáis integro. Ahora bien, la expresión fundamental y válida, la enseñanza espiritual, todavía sigue siendo la que dicta el sumo sacerdote Elí que al joven Samuel, le indica que le diga al Señor: Habla, que tu siervo escucha. Escuchó él y fue toda su vida fiel a Dios.

Del lugar donde ocurrió este hecho, se conservan ruinas, probablemente posteriores. Los arqueólogos hasta quieren señalar el espacio donde descansó el Arca, difícil será que descubran pruebas.

Dos veces he podido pasar por el lugar, tiempo ha, cuando la situación política lo permitía. Si el comportamiento de Samuel fue ejemplar, el de sus vecinos y principalmente el de los hijos del sacerdote Elí, fue perverso, de manera que mereció el castigo histórico divino de su destrucción, a la que se refiere Jeremías (Jr 7 12-14).

Valga solo recordar que por estar situado hoy en territorios palestinos, próximos a la carretera que partiendo de Jerusalén se dirige a Nablús, muy cerca ya de su destino, pertenece no obstante a aquellos lugares de cierta administración del estado de Israel, que actualmente dificulta la visita.

Para escuchar nosotros el deseo del Señor y decirle con honestidad "habla, que tu siervo escucha" no es necesario desplazarse al lugar, es suficiente recluirse en soledad y vestirse de silencio, que no es cosa que generalmente al hombre de hoy

le guste. Si eso es así, lo más fácil es que imagine que Dios no existe, o sea a lo sumo un susurro más de los tantos que le rodeen.

La importancia del pasaje radica también en que unos párrafos anteriores a los que se proclaman hoy, recogen el canto/oración de la madre de Samuel, tan bello es que Santa María, la madre de Jesús, Hijo de Dios y Señor nuestro, lo sabía de memoria y le ayudó a componer la alabanza que pronunció cuando se encontró con Isabel, que nosotros conocemos como el Magnificat

(la mencionada oración agradecida de Ana, la madre de Samuel, al ofrecérselo a Dios la encontraréis al inicio del libro primero de Samuel).

El elogio que Pablo hace de la corporeidad humana en la segunda lectura de la misa de hoy, generalmente hoy se desconoce, o se quiere desconocer. Os comunico, queridos lectores, que esta temporada me dedico a estudiarlo, elogiarlo y escribir anunciando el elevado porvenir del cuerpo, cuando llegue a la Trascendencia, libre ya de ataduras espacio/temporales.

Brevemente me detengo en el texto del evangelio. Para conocer a una persona no es suficiente hablar con ella, es preciso intimar con ella. Jesús y los discípulos lo intuyen y por eso pasan con el Maestro todo un día. Más tarde la experiencia vivida y explicada a los también íntimos, les servirá para seguirle del todo.

Me temo que hoy en día la mayoría de los nuestros le hubiera dicho que no tenía tiempo.

TEXTOS

del primer libro de Samuel 3, 3b-10. 19

En aquellos días, Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde se encontraba el Arca de Dios. Entonces el Señor llamó a Samuel. Este respondió: «Aquí estoy». Corrió adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió: «No te he llamado. Vuelve a acostarte». Fue y se acostó. El Señor volvió a llamar a Samuel. Se levantó Samuel, fue adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió: «No te he llamado, hijo mío. Vuelve a acostarte». Samuel no conocía aún al Señor, ni se le había manifestado todavía la palabra del Señor. El Señor llamó a Samuel, por tercera vez. Se levantó,

fue adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Comprendió entonces Elí que era el Señor el que llamaba al joven. Y dijo a Samuel: «Ve a acostarte. Y si te llama de nuevo, di: "Habla Señor, que tu siervo escucha"». Samuel fue a acostarse en su sitio. El Señor se presentó y llamó como las veces anteriores: «Samuel, Samuel». Respondió Samuel: «Habla, que tu siervo escucha». Samuel creció. El Señor estaba con él, y no dejó que se frustrara ninguna de sus palabras.

de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 6, 13c-15a. 17-20

Hermanos: El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor; y el Señor, para el cuerpo. Y Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros con su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? El que se une al Señor es un espíritu con él. Huid de la inmoralidad. Cualquier pecado que cometa el hombre queda fuera de su cuerpo. Pero el que fornicar peca contra su propio cuerpo. ¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios? Y no os pertenecéis, pues habéis sido comprados a buen precio. Por tanto, iglorificad a Dios con vuestro cuerpo!

del evangelio según san Juan 1, 35-42

Al día siguiente, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)». Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)».